

parsas por cuarenta mil hombres, y que vea en un redoble de tambor todas las batallas de César, de Enrique V, de Coriolano y de Ricardo III. Todo eso lo hace: ¡tal es de exuberante y juvenil! Acordaos de vuestra adolescencia; en cuanto á mí, las mayores emociones que he experimentado en el teatro las he debido á una compañía ambulante de cuatro damiselas que hacían *vaudevilles* y dramas en el fondo de un café. Verdad es que yo tenía entonces once años. En este teatro, en este momento, no es menor la frescura de las almas: están dispuestas á sentirlo todo, como el poeta á atreverse á todo.

## II

Eso no es más que lo exterior. Tratemos de penetrar más adentro, de ver las pasiones, la complexión del espíritu, la intimidad de los hombres. Ese estado interno es el que suscita y modela el drama, como todo lo demás: las inclinaciones invisibles son por doquiera la causa de las obras visibles, y lo interior hace lo exterior. ¿Qué burgueses y cortesanos, qué público es ese cuyo gusto modela el teatro? ¿Qué hay de particular en la estructura y en el estado de su espíritu? Por fuerza ha de ser particular ese estado, cuando de golpe, y durante sesenta años, brota aquí el drama con exuberancia maravillosa, y al cabo de ese tiempo se detiene sin que jamás ningún esfuerzo pueda reanimarle. Por fuerza ha de ser particular esa estructura, puesto que, entre todos los teatros de la antigüedad y de los tiempos modernos, se destaca éste con una forma distinta, y ofreciendo un estilo, una acción, unos

personajes y una idea de la vida que no se encuentran en ningún siglo ni en ningún país. Ese carácter particular es la libre y completa expansión de la *naturaleza*.

Lo que se llama naturaleza en el hombre es el hombre tal y como es antes de que le deformen y rehagan la cultura y la civilización. Casi siempre, cuando una nueva generación llega á la virilidad y á la conciencia, encuentra un código de preceptos que se le impone con todo el peso y toda la autoridad del pasado. Cien especies de cadenas, cien mil especies de lazos, la religión, la moral y los convencionalismos sociales, todas las legislaciones que regulan los sentimientos, las costumbres y las maneras, vienen á trabar y domar al animal instintivo y apasionado que palpita y se encabrita en cada uno de nosotros. Aquí nada que se parezca á eso: es un renacimiento, y no alcanza al presente el freno del pasado. El catolicismo, reducido á las prácticas exteriores y á las vejaciones clericales, acaba de concluir; el protestantismo, detenido en tanteos ó extraviado en sectas, no ha adquirido imperio todavía; la religión disciplinaria está deshecha, y la religión moral no se ha formado aún; el hombre ha dejado de escuchar las prescripciones del clero, y no ha deletreado aún la ley de la conciencia. La iglesia es un punto de reunión, como en Italia; los jóvenes aristócratas van á San Pablo á pasearse, á reír, á hablar, á lucir sus capas nuevas; todo eso ha venido á ser una costumbre; pagan por el ruido que hacen con sus espuelas, y esa contribución es un beneficio de los canónigos (1). Por allí andan pandillas de rateros y

(1) «Entre los seglares había poca devoción; el día del Señor era grandemente profanado y poco observado; apenas iba nadie á rezar en común; varios vivían sin tributar ningún culto

de mozas; ellas cierran sus tratos durante el culto. Notad, en fin, que los escrúpulos de conciencia y la severidad de los puritanos son entonces cosas odiosas, que se ridiculizan en el teatro, y medid la diferencia que separa á esa Inglaterra sensual, sin freno, de la Inglaterra correcta, disciplinada y rígida que vemos hoy. En ninguna parte se descubre regla ni eclesiástica ni secular. En medio del desfallecimiento de la fe, la razón no se ha posesionado del imperio, y la opinión está tan desprovista de autoridad como la tradición. La edad imbecil que acaba de extinguirse permanece sepultada bajo el peso del desprecio con las vaciedades de sus versificadores y los manuales de sus pedantes; y entre las libres opiniones que llegan de la antigüedad, de Italia, de Francia y de España, cada cual puede elegir á su gusto, sin sufrir presión ninguna ni reconocer ningún ascendiente. No hay modelo impuesto como hoy; en vez de afectar la imitación, afectan la originalidad (1). Cada cual quiere singularizarse, tener sus juramentos, sus modales, su traje propio, sus particularidades de conducta y de humor, y no parecerse á nadie. No dicen: «se hace esto», sino «yo hago esto». En vez de reprimirse, se explayan. Nada de código de sociedad; salvo una jerga exagerada de cortesía caballeresca, son dueños de

á Dios. Muchos eran puros paganos y ateos; la corte de la misma reina era un asilo de epicúreos y de ateos y de gente sin principios.» (Strype, año 1572.) «En mi juventud... el pueblo no quería interrumpir sus juegos y sus bailes los domingos, y muchas veces el que leía la Biblia tenía que pararse hasta que acababan el gaitero y los danzantes. A veces éstos entraban en la iglesia con todos sus arreos y disfraces, y sonando las campanillas que llevaban en las piernas, y, una vez acabado el rezo, volvían acto continuo á su diversión.» (*Baster's Narrative.*)

(1) Ben Jonson, *Every man in his humour.*

hablar y obrar según el impulso del momento, sin respeto á las conveniencias ni á nada. En medio de esa ruptura y ausencia de toda traba, parecen briosos caballos sueltos en plena dehesa. Sus instintos nativos no han sido domeñados ni refrenados.

Al revés: se conservan intactos á favor de la educación corporal y militar; y como proceden de la barbarie, no de la civilización, se han sustraído al influjo de esa moderación hereditaria que hoy se transmite con la sangre y que civiliza al hombre antes de nacer. Así el hombre, que hace tres siglos se tranforma en animal doméstico, es todavía en esa época un animal casi salvaje, y la fuerza de sus músculos, como la dureza de sus nervios, aumenta la audacia y la energía de sus pasiones. Mirad los hombres incultos, la gente del pueblo: ved, en un momento dado, cómo se les inflama la sangre y se les agolpa al rostro, cómo cierran los puños, cómo aprietan los labios y cómo se precipitan de golpe á la acción aquellos cuerpos fornidos. Los cortesanos de ese siglo se arrojan á nuestros hombres del pueblo. Tienen la misma afición á los ejercicios de los miembros, la misma indiferencia hacia las intemperies del aire, la misma grosería de lenguaje, la misma sensualidad desfachatada. Son cuerpos de carreteros con sentimientos de hidalgos, hábitos de actores y aficiones de artistas. «A los catorce años (1) el hijo de un lord va al campo á cazar gamos y á aprender intrepidez: porque cazar el gamo, degollarle y verle sangrar infunde intrepidez al corazón. A los diez y seis años á guerrear, acometer empresas, justar, cabalgar, asaltar castillos y medir todos los días las armas con alguno de sus servidores.»

(1) *Crónica de Hardingue.*

Ya hecho hombre, se ejercita en el manejo del arco, en la lucha, en el salto. La corte de Enrique VIII se asemeja, por su alegría bulliciosa, á una fiesta de aldea. El rey (1) «se ejercita diariamente en la esgrima, en cantar, en bailar, en tirar la barra, en tocar el caramillo, la flauta, la espineta, en componer canciones, en hacer baladas». Salta las zanjas con pértiga, y por poco se queda en una. Es tan amante de la lid, que públicamente, en el campo del *Drap d'or*, se agarra á brazo partido con Francisco I para tirarle al suelo: lo mismo que hacen hoy un soldado y un albañil con un nuevo compañero para ponerle á prueba. Y es que esos hombres se divierten, como los soldados y albañiles, con bromas groseras y juegos brutales. En toda casa grande hay un bufón «que tiene por oficio aderezar burlas mordaces, hacer visajes y aspavientos estrafalarios y entonar canciones licenciosas», como en nuestras tabernas. Son gente que desbarra, que encuentra gusto á las injurias é indecencias, que mascan crudas las expresiones de Rabelais y se regodean con pláticas que nos sublevarían á nosotros. Ningún respeto humano; el imperio de las conveniencias y los hábitos del trato de mundo no empezarán hasta la época de Luis XIV, y por imitación de Francia; en este momento todos llaman á las cosas por su nombre, y las más de las veces por el nombre que quema. En el *Pericles* de Shakspeare oiréis todas las hediondeces de una zahurda de prostitución (2). Los grandes señores y las damas elegantes usan el len-

(1) Holinshed, 806, Lodge; Fenton; Harrington, *Nugae antiquae*. M. Pilarète Chasles, *Études sur Shakspeare*. Véase Shakspeare y todos los autores dramáticos.

(2) Papel de Calipso en *Massinger*; de Putana en *Ford*; de Protalice en *Beaumont and Fletcher*.

guaje de la plazuela. Cuando Enrique V corteja á Catalina de Francia, lo hace con el grosero desenfado de un soldadote que anduviese tras una cantinera; y, á semejanza de los gavieros que hoy se tatúan un corazón en el brazo para probar su pasión á su aldeana, encontráis hombres que «comen azufre y beben orina» (1) para ganar el corazón de una mujer con un testimonio de amor. La humanidad les falta lo mismo que el decoro (2). No les conmueven la sangre ni los sufrimientos. La corte asiste á peleas de osos y de toros, de donde salen despanzurrados los perros y donde se pone á morir á golpes el animal encadenado—cosa que, según un funcionario palatino (3), es «una cosa deliciosa».—Nada tiene de asombroso que manejen los puños como los campesinos y las mujeres de rompe y rasga. Isabel daba puñetazos á sus camaristas, «de tal suerte, que se oía á menudo á esas bellas jóvenes gritar y lamentarse de una manera lastimosa». Un día escupió á sir Mathew el uniforme; otra vez, estando reprendiendo á Essex, y viendo que él se volvía de espaldas, le abofeteó. Las grandes señoras de aquel tiempo acostumbraban á pegar á sus hijos y á sus servidores. A la pobre Juana Grey «la sacudían, la golpeaban, la pellizcaban y la maltrataban aún de otras maneras que no se atrevía á contar» y que la hacían desear la muerte. El primer movimiento era recurrir á los insultos y á los golpes para desahogarse. Como en la época feudal, esta gente apela ante

(1) Middleton, *Dutch Courtezan*, citado por Phil. Chasles, *Études sur Shakspeare*, 99.

(2) Véase la comisión dada por Enrique VII al conde de Hertford en 1544. (*Pictorial history of England*, por Craig y Mac Farlane, t. II, 440.)

(3) Laneham, *A goodly relief*.

todo á las armas, y conserva la costumbre de hacerse justicia á sí propia y en el acto. «El jueves último (1), escribe Gilbert Talbot, á tiempo que pasaba á caballo por la calle milord Rytche, un tal Wyndhans le disparó un pistoletazo... Y el mismo día, estando paseándose sir John Conway, se abalanzó á él de repente Mr. Ludovyk Grevell y le dió con la espada en la cabeza... Me veo obligado á molestar á vuestras señorías con estas nimiedades por no saber cosa de más importancia.» Nadie, ni la reina misma, puede considerarse segura entre esas almas violentas (2). Así, cuando un hombre hiere á otro en el recinto del palacio, se le corta la mano y se le aplica un hierro candente á las arterias. Sólo esas imágenes atroces y el doloroso fantasma de la carne ensangrentada y dolorida puede domeñar la vehemencia y contener los arrebatos de sus instintos. Júzguese ahora de los materiales que ofrecen y de los personajes que piden al teatro. Las más francas concupiscencias, las pasiones más pujantes, todo será preciso para que la escena esté en consonancia con el público: el hombre deberá aparecer allí aguijado hasta lo último por sus apetitos, desenfrenado, casi loco, ya trémulo y paralizado ante la blanca carne palpitante que sus ojos devoran, ya torvo y rechinando los dientes ante el enemigo que quiere despedazar, ora fuera de sí y trastornado á la vista de los honores y bienes que codicia, siempre tumultuoso y envuelto en una tempestad de ideas vertiginosas, sacudido en ocasiones por impetu-

(1) 13 de Febrero de 1587. Para todos estos pormenores, véase Nathan Drake, *Shakspeare and his times*; Phil. Chasles, *Études sur le seizième siècle*.

(2) Essex, abofeteado por la reina, lleva la mano al puño de la espada.

sas alegrías, las más de las veces á dos dedos del furor y de la demencia, más fuerte, más ardoroso, más abandonado, más desprendido que nunca de las redes de la razón y de la ley. Al través de los dramas, como al través de la historia del tiempo, oímos ese feroz tumulto: el siglo XVI parece una caverna de leones.

Entre esas pasiones tan poderosas, no falta ninguna. La naturaleza aparece aquí en toda su fogosidad, pero también en toda su plenitud. Si nada ha sido amortiguado, nada ha sido mutilado. Tenemos delante de nosotros el hombre entero, en cuerpo y alma, con sus más delicadas y nobles aspiraciones, á la vez que con sus más bestiales y salvajes apetitos, sin que el imperio de alguna circunstancia dominante le incline en una sola dirección para exaltarle ó rebajarle. No aparece aún tieso y rígido, como en la época puritana, ni destronado, como bajo la Restauración. Tras el vacío y el aburrimiento del siglo XV, se ha despertado por un segundo nacimiento, como antiguamente se despertó en Grecia por un primer nacimiento; y ahora, como entonces, todas las influencias exteriores han contribuido á hacer salir sus facultades de la inercia y la letargia. Una especie de temperatura benéfica ha venido á incubarlas y á sacarlas á luz. Han empezado la paz, la prosperidad y el bienestar; las nuevas industrias y la actividad creciente han decuplicado de golpe los objetos de comodidad y de lujo; la América y la India han hecho brillar á todos los ojos tesoros y portentos acumulados allende los mares desconocidos; la exhumación de la antigüedad, el progreso de las ciencias, el desarrollo de la Reforma, la multiplicación de los libros por la imprenta y la multiplicación de las ideas por los libros han duplicado los medios de gozar, de imaginar y de pensar. Se quiere gozar, ima-

gíñar y pensar: porque el deseo crece con el aliciente, y aquí se juntan todos los alicientes. Los hay para los sentidos, en esas habitaciones que se empiezan á caldear, en esas camas que se proveen de almohadas, en esos coches que por primera vez se usan. Los hay para la imaginación, en esos palacios nuevos, arreglados á la italiana; en esos tapices matizados, traídos de Flandes; en esos lujosos trajes, recamados de oro, que, cambiados sin cesar, reúnen los caprichos y las magnificencias de toda Europa. Los hay para el espíritu, en esos nobles y hermosos escritos, que, difundidos, traducidos é interpretados, traen la filosofía, la elocuencia y la poesía de la antigüedad restaurada y de los renacimientos ambientes.

A la voz de ese llamamiento acuden á la vez todas las aptitudes y todos los instintos: los bajos y los sublimes, el amor ideal y el amor sensual, la codicia grosera y la generosidad pura. Recuerde cada uno lo que sintió al pasar de niño á hombre: recuerde qué anhelos de felicidad, qué grandeza de esperanzas, qué intemperancia de corazón le impulsaban hacia todas las alegrías; recuerden con qué vehemencia se dirigen sus manos á la vez á todas las ramas del árbol, no queriendo que se las escapase ningún fruto. A los diez y seis años se desea, como Cherubini, una criada, adorando á una madona; es uno capaz de todas las concupiscencias y también de todas las abnegaciones; parecen más hermosas las virtudes y mejores las cenas; la voluptuosidad tiene más sabor y el heroísmo más precio; no hay atractivo que no sea irresistible; la suavidad y la novedad de las cosas son demasiado fuertes; y asediados por el enjambre de pasiones que zumban dentro de nosotros y nos pican como agujones de abejas, no sabemos más que precipitarnos al-

ternativamente en todos sentidos. Tales eran las personas de ese tiempo, Raleigh, Essex, Isabel, el mismo Enrique VIII: seres extremados y desiguales, dispuestos á las abnegaciones y á los crímenes, violentos en el bien y en el mal, heroicos con extrañas flaquezas, humildes con repentinas altiveces, jamás viles deliberadamente como los libertinos de la Restauración, jamás rígidos por principios como los puritanos de la revolución, capaces de llorar como niños (1) y de morir como hombres, bajos cortesanos á menudo, más de una vez verdaderos caballeros, seres, en fin, que, entre tantas contradicciones de conducta, no manifiestan con constancia más que la exuberancia de su naturaleza. Así dispuestos, pueden comprenderlo todo, las ferocidades sanguinarias y las generosidades exquisitas, la brutalidad del libertinaje infame y las más divinas inocencias del amor: pueden aceptar todos los personajes, prostitutas y vírgenes, príncipes y saltimbanquis, pueden pasar súbitamente de la chocarrería trivial á las sublimidades líricas, y oír tan pronto las payasadas de los clowns como las odas de los enamorados. Y aun así será preciso que el drama, para imitar y satisfacer la fecundidad de su naturaleza, adopte todos los lenguajes: el verso pomposo, florido, recargado de imágenes, y, al lado de él, la prosa populachera. Más todavía: será preciso que violento su estilo y su marco natural, que entreverese de cantos y desahogos poéticos las pláticas cortesanas y los discursos de los estadistas; que convierta la escena en mundo fantástico de ópera (2), presentando al público «gnomos y ninfas de la tierra y del mar, con sus

(1) El gran canciller Burleigh lloraba á menudo: con tal aspereza le trataba Isabel.

(2) Middleton.

bosquecillos y sus praderas», y aun «que obligue á los dioses á bajar al teatro, y al infierno mismo á desplegar su magia». No hay ningún teatro tan complejo; y es que jamás fué más completo al hombre.

## III

En medio de esa expansión tan universal y tan libre, las pasiones tienen, sin embargo, un sello propio, que es inglés, porque ellas son inglesas. A la postre, en toda edad, en toda fase de civilización, un pueblo es siempre él mismo; vista lo que quiera, sayo de pelo de cabra, jubón dorado ó frac negro, los cinco ó seis instintos capitales que tenía en sus bosques le siguen á sus palacios y á sus escritorios. Hoy aún subsisten las pasiones militantes bajo la regularidad y el bienestar de las costumbres modernas (1). La energía y la rudeza nativa asoman á cada instante al través de la perfección de la cultura y de los hábitos del *comfort*. Los jóvenes ricos, al salir de Oxford, van á caza de osos al Canadá y á caza de elefantes al cabo de Buena Esperanza, viven en tiendas de campaña, boxean, saltan los setos á caballo, manejan sus *clippers* en las costas peligrosas, gozan en la soledad y en el peligro. El antiguo sajón, el *rover* de los mares escandinavos, no ha muerto. Hasta en las escuelas se pegan y maltratan los niños como hombres, y su natural es tan indómito que hacen falta los azotes y los golpes para someterlos á la disciplina de la ley. Júzguese de lo que

(1) Para comprender este carácter, véanse los papeles de James Harlow en *Richardson*, del viejo Osborne en *Thackeray*, de sir Giles Overreach en *Massinger*, de Manly en *Wycherley*.

eran en el siglo XVI: la raza inglesa (1) pasa entonces por «la raza más belicosa» de Europa, «la más temible en las batallas, la más rebelde contra todo lo que parezca servidumbre». «Los animales montaraces ingleses»: así los llama Cellini; y «las enormes tajadas» que engullen mantienen la fuerza y la ferocidad de sus instintos. Para acabar de endurecerlos, las instituciones trabajan en el mismo sentido que la naturaleza. La nación está armada; se educa á todo hombre como soldado; se le obliga á llevar armas según su condición y á ejercitarse los domingos y días de fiesta; desde los yeomen hasta los lores, la antigua constitución militar los tiene regimentados á todos y preparados para la acción. En un Estado que se asemeja á un ejército, es menester que los castigos sean terribles, como en un ejército, y, para agravarlos, aún está presente en la memoria de todos la horrible guerra de las dos Rosas que, á cada incertidumbre de la sucesión, puede reaparecer. Semejantes instintos, semejante constitución y tal historia presentan á sus ojos la idea de la vida con una severidad trágica; al lado está la muerte, y también las heridas, el tajo y los suplicios; el hermoso manto de púrpura que los renacimientos del Mediodía despliegan alegremente al sol como gala de fiesta, aparece aquí manchado de sangre y orlado de negro. Por todas partes (2), una rígida disciplina, y el hacha preparada para toda apariencia de traición; los más grandes personajes—obispos, un canceller, príncipes, parientes del rey, reinas, un protector—arrodillados sobre la paja, irán á salpicar la Torre con su sangre; uno á uno, vemos desfilar y pre

(1) *Hentzner's Travels*, Froude, t. I, páginas 19 y 52.

(2) Véase Froude, *History of England*, tomos I, II, III.